

fírmemente que es Cristo, verdadero hijo de Dios. ¿No debemos confesar que esta conversión fué obra del Señor?

Con no menos eficacia obra la gracia en el corazón de la Samaritana, porque á más de hereje obstinada en su falsa creencia, era aquella mujer deshonesta y libre en sus costumbres; pecados que no dejan de tener alguna afinidad, á pesar de su oposición, pues la herejía, hablando con propiedad, no es otra cosa que una corrupción del entendimiento, como la deshonestidad es una rebeldía de la carne. Pues Dios, vengador del uno y del otro, suele castigar y confundir el uno por el otro, permitiendo que estas rebeldías del entendimiento contra la verdad, vayan comunmente acompañadas de los más torpes desórdenes de la sensualidad. Y en efecto, vemos que esas almas tan presuntuosas y altivas en lo que toca á la religión, no son, de ordinario, las más firmes en su deber, ni las más incontrastables en la tentación. Tal era la pecadora Samaritana con su presumida ciencia y su vana sutileza. Vivía en público concubinato, y aún había contraído la costumbre de tan criminal estado: *Quinque enim viros habuisti, et nunc quem habes, non est tuus vir* (JOANN., IV, 18). Pues si hay una enfermedad difícil de curar es ésta: si hay un demonio capaz de resistir á Dios y á su gracia, evidentemente es este espíritu impuro. Pero en eso mismo halla la gracia de Jesucristo materia de su triunfo. Aquella pecadora, aquella prostituta, aquella mujer esclava de las pasiones más torpes, queda, por fin, purificada y santificada. Parece que Jesucristo le ha dado otro corazón, y que después de arrancarle el carnal y corrompido, de donde procedían tantos desórdenes, ha criado en ella otro nuevo, purificado, no solo de todas las manchas del pecado, sino de todos los afectos terrenos. Ya no es aquella Samaritana escandalosa, descarada para el crimen, y que servía de demonio para perder á las almas. Es una criatura enteramente nueva en Jesucristo, una alma transformada en Dios, y que no respira más que el amor de su Dios, casta en sus pensamientos, modesta en sus palabras, arreglada en sus obras; que por su conducta ejemplar es, de aquí adelante, un modelo de virtud, y va á difundir por todas partes el olor de su santidad. ¡Qué prodigio, hermanos míos!

Mas todavía tenemos que admirar otra cosa, y es, el modo milagroso con que obra la gracia la conversión de esta mujer. En efecto, ¿no es extraño que dos mudanzas tan prodigiosas no cuesten más que un instante al Salvador del mundo? Cuando Dios obra, según las leyes y el curso ordinario de su Providencia, guarda, ó á lo menos parece guardar, ciertas medidas; y en el orden sobrenatural, lo mismo que en el natural, se acomoda á nuestra debilidad, porque no hace los santos

en un instante, sino que los santifica poco á poco, y con pasos, á veces insensibles, los conduce de grado en grado hasta el término de una santidad consumada. Pero cuando obra soberanamente y como Dios, no se sujeta de esta suerte, y no prepara el alma en quien debe obrar. Con una palabra saca de la nada millones de seres, despliega los cielos, consolida la tierra, y dá á este vasto universo toda su perfección. Así el hijo de Dios no dice más que una palabra á la Samaritana: yo soy el Mesías que esperais; y de repente queda convertida, movida y penetrada de los sentimientos más santos, más vivos y más tiernos. Palabra más eficaz que aquella con que Dios crió el mundo; palabra que, por una segunda creación, pero mucho más admirable que la primera, reformó en el corazón de aquella mujer la obra de Dios, destruida por el pecado. Digo, creación más admirable que la primera, porque en la primera, la nada en quien obra Dios, obedece sin contradicción á su palabra; en vez que en la segunda, obra Dios sobre la nada del pecado, que, con ser pecado, es capaz de resistir, como, tal á Dios. Pero ¿con qué señal sensible quiso el hijo de Dios darse á conocer y ser creído de la Samaritana? ¿Acaso imperó entonces al mar y á las tempestades, curó los ciegos de nacimiento, y resucitó los muertos de cuatro días? ¡Ah! cristianos, esa es la maravilla que sobrepuja todas las demás. Si se quisiera suponer, que el mundo se convirtió y se hizo cristiano sin milagros, ese sería el mayor milagro de todos. Pues así lo vemos cumplido en la conversión de la Samaritana. Los fariseos y los doctores de la ley eran diariamente testigos oculares de las maravillas de Jesucristo: hablaban á Lázaro resucitado públicamente por él, y á los enfermos curados por su virtud; y, sin embargo, persistían en su incredulidad por una obstinación inflexible. Pero esta mujer, sin milagros, no solamente cree en él, sino que se adhiere á él, se da á él y lo abandona todo por él. ¿De dónde proviene esto? De la omnipotencia de la gracia, que no necesita más que de su propia virtud para triunfar del corazón del hombre. Aún hay más. Cuando el hijo de Dios convertía á los otros pecadores, era después de infundirles confianza y amor á su persona por algún señalado beneficio. Para salvar las almas, empezaba curando los cuerpos, y, por condescendencia con su flaqueza, los persuadía á creer quién era, haciéndoles experimentar en sus necesidades lo que podía. Pero habiendo resuelto, que en la Samaritana resplandezca toda la virtud y eficacia de la gracia, la convierte, sin otro aliciente, sin otro motivo de interés que el de su misma conversión.

Por último, el milagro de la gracia es, que, santificando á esta mujer, santificó todo el país de Samaria, y la hizo capaz de comunicar á los

samaritanos el don de la fé. De pecadora que era, se encuentra milagrosamente transformada en apóstol. Antes que se presenten los apóstoles, vá ella á anunciar Jesucristo á los que no le conocen, y sin rebajar la dignidad de san Pedro ni de los otros apóstoles, puede decirse, que el primer apóstol del cristianismo es la Samaritana. En efecto, de tal suerte la agujonea su celo, que no puede detenerse un instante: deja el cántaro, no piensa en sacar agua, y se separa de Jesucristo por Jesucristo mismo: entra en la ciudad, y convida á todos á que vayan á verle, queriendo más ir á trabajar por su gloria, que gustar más largo tiempo las dulzuras de su conversion; y sintiendo ya aquel santo ardimiento y aquel divino anhelo del espíritu de fé, que nunca está contento de conocer á Dios, si no le dá también á conocer cuanto puede y debe.

De todo esto ¿qué debemos inferir? ¡ Ah! cristianos, no digamos ya en el estado de nuestro pecado que somos flacos, y que nuestra flaqueza es un obstáculo insuperable á nuestra conversion; sino digamos, con el Apóstol, que todo lo podemos con la gracia y por la gracia: *Omnia possum in eo qui me confortat* (AD PHILIP., IV, 13). Desconfiemos de nosotros; pero espéremoslo todo de Dios. Bien sé, que es menester hacer grandes esfuerzos para desprenderos de la esclavitud en que os tiene el pecado, para apartaros de ese trato, para abandonar esa amistad, para sofocar esa inclinacion, para vencer el mundo: sé que hay que pelear, y pelear recia y valerosamente; pero tened confianza, pues Dios os responde de su gracia, en cuanto se la pidais de buena fé, y os asegura que os basta su gracia: *Sufficit tibi gratia mea* (II AD COR., XII, 19). En nuestra misma debilidad es donde hace resplandecer toda su virtud; y vuestra conversion á Dios, una conversion pronta y perfecta, no será mayor milagro para ella que la maravillosa conversion de la pecadora del Evangelio. No basta esto, y ved aquí, mis amados oyentes, el punto de moral, por donde concluyo. Si Dios, por su misericordia, os ha sacado del abismo, y si os ha hecho sentir la impresion de su gracia, imitad el celo de la Samaritana. No era ella más capaz que vosotros de anunciar el Evangelio del hombre Dios: no tenia un carácter particular que la obligase á ello más que vosotros; pues ¿por qué no lo habeis de hacer como ella? En calidad de cristianos, debemos todos, por una obligacion indispensable, participar del ministerio apostólico, cada uno dentro de los límites de nuestra condicion; y no hay un fiel, cualquiera que sea su profesion, que no deba predicar á Jesucristo, á lo ménos por sus obras, sus ejemplos, la edificacion de su vida, y sus caritativos consejos. Pero los pecadores convertidos son los que más penetrados de-

ben de estar de esta importante obligacion. Y ¿por qué? Porque están obligados por título de justicia y de gratitud, por caridad para con el prójimo, y por interés de sí mismos; porque no pueden de otro modo reparar el escándalo de su vida pasada, ni restituir á Dios lo que le deben por tributo de su conversion. Si, pues, entre mis oyentes hubiese alguno de este carácter, es decir, ántes libertino y desordenado en su conducta, ahora mudado por la gracia, le diré: Hermano mio, ahí tienes el modelo que Dios te pone delante; el celo de la Samaritana convertida. Atrae como ella, hácia Jesucristo á tantos pecadores, como tu ejemplo es capaz de atraer; pero, en especial, á aquellos que fueron cómplices de tus desórdenes. Diles con el penitente rey David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ* (SALMO LXV, 16). Vosotros todos, que temeis á Dios, ó más bien, que por su ley habeis aprendido á temerle, venid, escuchad, y yo os contaré lo que puede hacer la misericordia del Señor, y lo que hace: no necesitareis más pruebas que mi ejemplo, y yo os diré lo que ha hecho por mí esta infinita misericordia. Yo vivia en los mismos errores y desórdenes que vosotros; pero la gracia de mi Dios ha disipado las tinieblas que me cegaban, y ha sofocado las pasiones que me arrebatában. Yo tenia también por una locura todo cuanto me decian de las verdades eternas; pero la gracia de mi Dios me ha desengañado, y me ha convencido de mi propia locura. Yo ereia, como vosotros, que era imposible esta mudanza: que nunca podría resolverme á abandonar mis hábitos criminales: que nunca podría hacer una vida más regular y retirada; pero por la gracia de mi Dios se han allanado todas las dificultades, he triunfado de la naturaleza y la costumbre, y me he desprendido del mundo y de sus hechizos. ¡Que no pueda yo abriros mi corazón! ¡Que no pueda haceros conocer y sentir lo que él siente, desde que no está dominado por el pecado, y empieza á gozar de una santa libertad!

Infundidnos, Señor, á todos el celo de la Samaritana: derramad sobre mis oyentes vuestro espíritu, y haced que, sostenidos de este espíritu de suavidad y de fortaleza, vuelvan á vuestros caminos, y atraigan á ellos con sus ejemplos los que los abandonaron por sus escándalos; de suerte, que todos puedan alcanzar un día la felicidad eterna, que os deseo.

---

## GRACIA.

---

### II.

*Gratia Dei sum id quod sum.*  
Por la gracia de Dios soy lo que soy.  
(I COR. XV, 40.)

Como el hombre fué criado para un fin sobrenatural, esto es, la felicidad eterna, se requiere que, para conseguir este fin, le conceda el Señor fuerzas ó medios proporcionados, con los cuales le sea posible hacer lo que con sus solos naturales recursos nunca podría realizar. La eterna felicidad, ó la posesion de Dios, que es nuestro último fin, no podemos alcanzarla; más aún, no podemos hacérsela accesible sino por medio de la gracia; auxilio sobrenatural, que Dios gratuitamente nos concede, para que podamos practicar obras meritorias en orden á la vida eterna.

Esto basta para persuadirnos, que la gracia es el mayor don que Dios puede concedernos, como quiera que es el único camino para alcanzar el primer bien, el eterno, el bien único. Sin embargo, pocos cristianos aprecian, como habrian de apreciar, estos auxilios, que nos concede el cielo para que podamos conseguir la eterna felicidad, huyendo del pecado, y practicando obras buenas. Confiados, la mayor parte, en sus propias fuerzas, por más que en todas ocasiones hayan de convencerse de su natural debilidad, no se cuidan de pedir á Dios la gracia, sin la cual nada meritorio pueden hacer en orden á la salvacion eterna; resultando de esto, que su vida no es sino una série de obras estériles, ó más bien, una série interminable de mortales prevaricaciones.

Miéntas el hombre no se acostumbre á pedir y apreciar en su justo valor los auxilios sobrenaturales, que á nadie niega el Señor, por lo mismo que nada agradable á Dios podemos hacer sin ellos, debe temer mucho por su salvacion, pues, en vez de encontrarse al fin de su vida con un cúmulo de méritos, fruto de la gracia, se encontrará con la esterilidad y perversidad de todas sus obras. Los goces materiales hacen olvidar á los cristianos la vida sobrenatural, cuyo

principio es la gracia; ved aquí de donde proceden tantos excesos, tantas prevaricaciones, tanta ruina, tanta muerte. Deseando apartaros de este mal, y animaros á que en todo tiempo os mostreis fieles á los divinos auxilios, voy á demostraros: que la gracia es el don más precioso que Dios puede dispensarnos, y, por consiguiente, nada debemos omitir para conservarla.

Jesús amabilísimo, autor de la gracia, dignaos concederme vuestros auxilios, para hablar dignamente de este tesoro escondido á la inteligencia de los ciegos mortales. A. M.

1. Lo más grandioso y sorprendente que puede encontrarse en el cielo, las más inestimables riquezas ocultas en las entrañas de la tierra, todo es inferior é incomparablemente inferior á la gracia. El delicado movimiento de los astros, la combinacion inimitable de los planetas, el exquisito matiz del firmamento, la variedad y hermosura de las flores que alfombran el suelo, la rareza de las plantas que brotan en él, el prodigioso número de piedras que le enriquecen, todo esto es nada, comparado con la gracia, por medio de la cual hacemos obras meritorias en orden á la vida eterna. La admirable estructura del cuerpo humano, que nos representa en pequeño la grandeza del mundo, nuestra alma hecha á imágen del Altísimo, si se comparan con la gracia, son ménos que un poco de plomo, comparado con el oro más fino. No solo aventaja la gracia á la grandeza de las cosas naturales, sino á muchas que están fuera de este orden. Los milagros, las profecias, el don de la fé, el don de ciencia, el don de lenguas, el criterio, la inteligencia de los divinos arcanos, los éxtasis, en una palabra, cuantas gracias *gratis datas* admiramos en los santos, no son sino imágenes ó destellos de la gracia que constituye la santidad misma, une las almas con Dios, justifica al pecador, y le hace digno del cielo. El príncipe de los apóstoles ha reasumido cuanto puede decirse de la gracia, diciendo, que nos hace partícipes de la naturaleza divina. Todas las cosas criadas participan de alguna perfeccion de Dios: las unas del sér, como los elementos; las otras del sér y de la vida, como las plantas; algunas, además del sér y de la vida, gozan del sentimiento; las hay tambien que á todas estas cualidades reunen la inteligencia; pero estas perfecciones de que participan los seres criados, solo virtualmente se encuentran en Dios, siendo así que los justos, por la gracia, participan de las perfecciones que residen en Dios de un modo formal, deificándose, en cierta manera, si se permite la expresion; de suerte, que, como no duda asegurar Sto. Tomás, todo cuanto hay en Dios sustancialmente en virtud de su divinidad, encuéntrase acciden-

talmente en el alma en virtud de la gracia: *Id quod est substantialiter in Deo, fit accidentaliter in anima participante divinam bonitatem* (1, 2, Q. cxiii, 9).

El que pretendiese dar toda la extension posible á esta grandiosa idea, y desenvolver toda la excelencia que supone en el alma, que está en gracia, la participacion de la divinidad, tendria que remontarse á una esfera superior á nuestra inteligencia, y considerar todos los atributos que residen formalmente en Dios: el sér esencial, su bondad, su poder, su eternidad, su inmensidad, su beatitud, Me limitaré, pues, á decirlos, que con la gracia, y por la gracia, Dios habita sustancialmente en el alma del justo, como en su templo, y la une á sí, y, en cierto modo, la deifica. El que permanece en la caridad, ó en la gracia, permanece en Dios, y Dios permanece en él, dice S. Juan: *Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo* (I JOANN. IV, 16).

Sabido esto, no deben sorprendernos esas trasformaciones producidas por la gracia en ciertas almas, que tienen la dicha de recibirla y saben conservarla. Inspira el Espíritu Santo á un jóven que pulsa la cítara, y le convierte en sublime cantor ó salmista; anima á un pastor, y le hace profeta; á un pescador le trasforma en príncipe de los apóstoles; á un perseguidor, en doctor de las gentes; á un publicano, en evangelista. Y ¿es posible que este don, el más precioso que Dios puede concedernos, sea tan poco apreciado? ¿Puede darse ingratitud más incomprensible, que la de mirar con indiferencia la participacion de la divina naturaleza? Inconcebible parece que haya tantos hombres, que prefieren á la divina gracia una sombra de gloria, una gota de placer momentáneo, un lucro despreciable, una amistad corruptible, una complacencia, un deseo, una pasion degradante. Desórden lamentable, y, sin embargo, muy comun, por desgracia, entre los cristianos. No es fácil encontrar hoy Esaús, que vendan los derechos de primogenitura por un plato de lentejas; ni Lisímacos, que enajenen un grande imperio por un sorbo de agua; pero se encuentran en todas partes millares de hombres, que anteponen los bienes materiales y los goces pecaminosos de este mundo á un bien superior á toda la naturaleza, superior á los milagros, que se remonta hasta Dios y participa de sus perfecciones. El Apóstol de las gentes, que conocia muy bien el valor inestimable de la gracia, no vacilaba en renunciar todas las dulzuras de la vida, en ofrecerse con gusto á todos los horrores de la muerte, en sufrir todo género de angustias, en tolerar el hambre, en correr tras los peligros, y aún, en provocar el furor de los tiranos, á trueque de conservar ese bien incomparable; pero nosotros somos tan locos, que, al menor impulso de una pasion lison-

jera, á la más insignificante promesa de un amigo, á una simple mirada de un objeto agradable, nos despojamos de lo que nos hace partícipes de la naturaleza divina.

Amados oyentes, apreciemos todo el valor de un bien, que, como habeis oido, excede en preciosidad al cielo, á la tierra y á todas las criaturas. No olvidemos, que sin la gracia no podemos vencer las tentaciones graves; no podemos amar á Dios como autor de los dones sobrenaturales; no podemos creer, esperar, amar ni arrepentirnos, cual conviene que lo hagamos para alcanzar la gloria eterna: no podemos hacer obra alguna que merezca recompensa en el cielo; y, al contrario, con la gracia, lo podemos todo; la gracia lleva consigo todas las virtudes teologales y morales sobrenaturales, como la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y otras, y los dones del Espíritu Santo; la gracia nos hace hijos de Dios, y nos dá derecho á un bien infinito; la gracia, en fin, hace que habiten en nosotros el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y nos comuniquen, del único modo posible, un atributo, que nos asemeje ó aproxime á las tres divinas personas. Poder, luz, amor, ved aquí las cualidades reunidas en el alma, cuando está poseida de la divina gracia; porque del Padre recibe el poder; del Hijo recibe la luz del entendimiento, y del Espíritu Santo recibe el fuego del amor.

Y al propio tiempo que todo se sacrifica por obtener la amistad de un grande ó poderoso, y se apela á todos los recursos y ardidés para captarse la benevolencia de un amigo, y nada se perdona para lograr el afecto de una beldad terrena; ¿aún nos negaremos á hacer sacrificios para conseguir la gracia de Dios, que es la belleza por esencia, el amigo más sincero, el manantial de la felicidad y el origen de una vida divina? Todos los dias se ofrecen á Dios oraciones, lágrimas y votos para obtener bienes temporales; la salud, los bienes materiales y otros análogos, que tal vez deben contribuir á nuestra eterna desdicha; y ¿nos olvidaremos de pedir á Dios la gracia, que es la semilla de la gloria? Hermanos míos, pidamos con fervor este auxilio sobrenatural, sin el cual nuestra alma está muerta para la vida eterna. Todas nuestras acciones, que no están animadas por la gracia, son incapaces de merecer cosa alguna en orden á la salvacion. La oracion más fervorosa, las mayores austeridades, las vigiliás, las limosnas, los ayunos, las obras inspiradas por la más heroica beneficencia, serian insuficientes para conseguir la eterna recompensa de los justos, sin la gracia que nos hace amigos de Dios. Podrán estas obras mover el corazon de Dios, é inclinar su bondad á dar al hombre ciertos auxilios que le dispongan para la gracia, haciéndole conocer el

triste estado de su alma, excitándole al arrepentimiento de sus culpas, y moviéndole á penitencia; pero jamás podrán de suyo justificarle, ni darle derecho á esperar la corona de la justicia, que el justo juez tiene destinada para premiar á los suyos en el día de la recompensa. ¡Tan indispensable es este auxilio divino para vivir y para obrar con fruto en orden á la bienaventuranza! El infeliz que no la posee, en apariencia, está vivo; pero, en la realidad, está muerto. Al contrario, el alma que está animada por la gracia es rica en merecimientos. La gracia dá impulso á sus obras, la hace mover en el círculo de los divinos mandamientos, la eleva sobre todas las cosas criadas; la trasforma, la diviniza; de suerte, que puede decir sin temor: yo vivo una vida, en cierto modo, divina, y mis obras, dignas del cielo, merecen eterna recompensa.

2. Y siendo así, hermanos míos, ¿será necesario inculcaros la obligación de guardar con todo esmero este don divino? Lo es sin duda. Lo que puede afectar á la salud del cuerpo, se procura evitar con ahinco. Sobre todo, despues de haber experimentado en tiempo de enfermedades la necesidad de obrar y ejercer las funciones propias del hombre, hacemos cuanto está de nuestra parte por conservar la salud ilesa; pero como si la vida de la gracia fuese ménos apreciable que la del cuerpo, no nos cuidamos de conservarla. La juventud se precipita á los asilos de la inmoralidad, donde irremisiblemente pierde la gracia. Hombres de edad madura, y aún ancianos, frecuentan diariamente esos círculos, en los que la maledicencia, el odio, el interés, los vicios todos reunidos, conspiran contra la gracia y la atacan de muerte. El pecado lo inficiona todo: lo corrompe todo; el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, no hay clase que no esté contaminada. Podemos decir con un profeta, que, desde la planta del pié, hasta la coronilla de la cabeza, todo el cristianismo no ofrece sino una úlcera gangrenada y corrompida. ¡Lágrimas de sangre debiéramos verter, á vista de tan desconsolador espectáculo! Muchos son los que diariamente reciben la gracia, y se reconcilian con Dios; pero como nada hacen para fomentarla en sus almas, vuelven al instante á perderla. Observadlos, y los vereis, que no bien se han levantado de los piés del sacerdote, por cuyo ministerio han sido justificados, acuden otra vez á los mismos placeres, á los mismos sitios donde perdieron el más precioso de los dones del cielo. Y ¿no es esto exponer la gracia á los tiros del enemigo comun, que siempre está en acecho para privarnos de ella? ¿No es abandonarla á un nuevo é inevitable naufragio?

¡Plegue á Dios, que vosotros no pertenezcais al número de estos

desventurados! No hacer caso de la gracia, es sepultarse en la oscuridad y la degradacion, y hacerse indigno de que el Señor nos dispense de nuevo aquel celestial auxilio. Sin mérito alguno por parte nuestra, nos ofrece este don tan rico, para que podamos practicar obras meritorias en orden á la salvacion; si nosotros no cooperamos con él, detestando el pecado y aproximándonos á Dios, le obligaremos á que nada nos dé. Aunque el Señor no se cansa tan pronto como el hombre de dispensar beneficios á ingratos, tambien, por último, llega á cansarse, y entónces maldice á las higueras que no dan fruto, y maldice la viña que en vez de uvas dá espinas. Ya que la gracia nos es absolutamente necesaria para vivir en el orden espiritual, y obrar, y merecer en orden á Dios, busquémosla con avidez, y no omitamos desvelos por conservarla, cuando la hubiéremos recibido. Así como para custodiar el estandarte militar, que representa la persona del monarca, se le tiene rodeado de soldados que están en continua vigilancia, se aumenta el número de las centinelas, y se multiplican las armas y todo género de pertrechos de guerra; así debemos nosotros velar para conservar la gracia divina, y preservarla de los ataques del enemigo con todos nuestros pensamientos, afectos, potencias y sentidos. Defendámosla á todo trance, y estemos dispuestos á sacrificar la salud, los bienes materiales, y aún la vida, á perderlo todo, ántes que perder la gracia. De este modo, el Señor derramará á manos llenas sus finezas sobre nosotros. La buena correspondencia obliga á Dios á no reconocer limite en su generosidad.

¡Jesús, santísimo, autor de la gracia y fuente inagotable de todo don perfecto! á vos recurrimos, sedientos de estos sobrenaturales auxilios, cuyos efectos son la vida y la inmortalidad. Concedédnoslos por vuestra infinita misericordia, y haced que nuestra divisa sea siempre: ántes morir, que perder el preciosísimo tesoro de la divina gracia. De este modo perseveraremos constantes en vuestra amistad, seremos en esta vida objeto de vuestro amor y de vuestra benevolencia, para ser despues en el cielo partícipes de vuestra eterna bienaventuranza, que os deseo á todos.

#### DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GRACIA.—La gracia del Salvador exige paciencia al esperarla.

La gracia del Salvador exige sumision al recibirla.

La gracia del Salvador exige reconocimiento despues de haberla recibido.

GRACIA.—La gracia de Jesucristo debe infundirnos, al propio tiempo, una idea grande y otra idea baja de nosotros mismos.

La gracia de Jesucristo nos debe inspirar ó infundir, á un mismo tiempo, esperanza y temor.

GRACIA.—No hay accion meritoria delante de Dios, por pequeña que sea, de la cual seamos capaces sin el auxilio de la gracia.

No hay accion buena, por grande que sea, de que no seamos capaces con el auxilio de la gracia.

GRACIA.—Es necesario pedirla con modestia.

Es necesario pedirla, sometiéndose al que la otorga.

Es necesario pedirla para sí, al pedirla para los demás.

GRACIA.—El anhelo que tiene Jesucristo para dispensarnos gracias, condena la indiferencia que manifestamos por tan grandes beneficios.

La preferencia que damos á las riquezas de este mundo sobre los bienes espirituales, manifiesta la ceguedad de nuestra codicia.

GRACIA.—Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la conozcamos.

Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la deseemos.

Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la pidamos.

GRACIA RECIBIDA.—Cuando estamos en posesion de la gracia, las leyes que se nos imponen no se nos hacen dificiles.

Cuando hemos recibido la gracia, las reprensiones que se nos dirigen no nos afectan.

GRACIA.—Nos hace sensibles á los males de nuestra alma.

Extingue el fuego de las pasiones que nos consume.

GRACIA.—La primera victoria (ó triunfo de la gracia) consiste en detenernos, cuando corremos hácia el mal.

La segunda victoria de la gracia consiste en desengañarnos, cuando estamos fascinados por las cosas del mundo.

La tercera victoria de la gracia consiste en despojarnos de nuestro amor propio.

GRACIA.—Triunfa de nuestro entendimiento, disipando las preocupaciones.

Triunfa de nuestro corazon, refrenando la concupiscencia.  
Triunfa de nuestro cuerpo, sujetándolo á la ley del espíritu.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Gratiam et gloriam dabit Dominus.* Ps. LXXXIII, 12.

Dará el Señor la gracia y la gloria.

*Quis potest dicere: Mundum est cor meum, purus sum à peccato?* Prov. xx, 9.

¿Quién es el que decir pueda: Mi corazon está limpio, puro soy de todo pecado?

*Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et nolui?* Matth. xxiii, 37.

¿Cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido?

*Tolite itaque ab eo talentum, et date ei qui habet decem talenta: omni enim habenti dabitur, et abundabit.* Idem xxv, 28.

Ea pues, quitadle aquel talento, y dádselo al que tiene diez talentos; porque á quien tiene, dársele há, y estará abundante ó sobrado.

*Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.* Luc. xix, 42.

Si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz ó felicidad: mas ahora está todo ello oculto á tus ojos.

*Si scires donum Dei.* Joann. iv, 10

Si tú conocieras el don de Dios.

*Ignoras quoniam benignitas Dei ad penitentiam te adducit?* Rom. ii, 4.

¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando á la penitencia?

*Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi: non ego autem, sed gratia Dei mecum.* I Corinth. xv, 10.

Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, ántes he trabajado más copiosamente que todos: pero no yo, sino más bien la gracia de Dios que está conmigo.

*Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est.* II Cor. iii, 5.

No porque seamos suficientes ó capaces por nosotros mismos para concebir algun buen pensamiento, como de nosotros mismos: sino

*Unicuique autem nostrum data est gratia secundum mensuram donationis Christi.*

Ephes. iv, 7.

*Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae: ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* Hebr. iv, 16.

*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* I Petr. v, 5.

que nuestra suficiencia ó capacidad viene de Dios.

A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia á medida de la donación gratuita de Cristo.

Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia: á fin de alcanzar misericordia, y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno.

Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes les dá su gracia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Esaú es un verdadero retrato de los desgraciados que desprecian el don preciosísimo de la gracia. Así como aquél vendió su primogenitura por un plato de legumbres, importándole muy poco la pérdida que acababa de hacer: *Parvipendens quod primogenita vendidisset* (GENES. XXV, 34): así muchos pecadores, venden esta herencia celestial de la gracia por cosas mucho más ínfimas que un plato de lentejas: *Propter pugillum hordei, et fragmen panis*, dice Dios por el profeta Ezequiel (XIII, 19).

Faraon es el verdadero tipo de las almas obstinadas, que al verse vivamente solicitadas por los estímulos de la divina gracia, contestan enfurecidas con las mismas palabras de aquel rey impío: *Nescio Dominum* (EXOD. v, 2).

En Saul vemos las fatales consecuencias que trae consigo una continua resistencia á la gracia. El profeta Samuel le declara, de parte de Dios, que la sumisión á sus órdenes y la obediencia á su voluntad soberana valen más que todos los sacrificios que el hombre puede hacer. Esta voluntad divina habia sido desoída y despreciada ya, desde algunos años, por aquel príncipe orgulloso y envidioso, y por esto el Profeta le dijo: *Pro eo ergo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus* (I REG. xv, 25).

El desprecio de las gracias, así temporales, como espirituales que Dios nos dispensa, nos acarrea, con frecuencia, la pérdida de los bienes, aún temporales. Así sucedió á Salomon, el cual pervertido por sus amores nocivos; y convertido en un verdadero idólatra, fué causa

de que Dios dividiera su reino: *Quia non custodisti precepta mea, quae mandavi tibi, dirumpans scindum regnum tuum* (III REG. xi, 11).

Veamos ahora los bienes incomparables que trae consigo la fidelidad á la gracia, la sumisión y obediencia á la voz de Dios. Abrahan es constituido padre de los creyentes y cabeza de un pueblo inmenso, por haber sido fiel á la gracia: *Quia obedisti voci meae* (GEN. XXII). Moisés, por haber sido obediente á Dios, que le llama desde la zarza, se convierte en amigo suyo, intérprete de su voluntad y depositario de su poder. David, por haber confesado su pecado con corazón contrito al oír la voz del Profeta, que se lo reprendía de parte de Dios, al pronunciar las palabras: *Peccavi Domino*: mereció oír de boca del mismo el perdón de la pena capital en que habia incurrido: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum* (III REG. xii, 13).

Comparando S. Agustín la maternidad de María con su fidelidad á la gracia, dice: *Materna propinquitatis nihil Mariae profuisset, nisi felicius Christum corde, quam carne gestasset* (IN EPIST. AD ROM).

Si el Hijo pródigo recobró su felicidad perdida, debido fué á la prontitud con que puso en práctica la buena inspiración que tuvo de regresar á la casa paterna: *Surgam, et ibo ad patrem meum* (LUC. xv, 18). Véase también la conversión de la mujer Samaritana (JOANN. iv, 15); y la de Saulo (ACTOR. ix).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Si Dei gratiam nacti fuerimus, nullus nobis prevalebit, sed potentiores omnibus erimus.* S. Chrysost. Hom. 46 in Genes.

*Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem.* S. Leo, Serm. de Nativ.

*Cui redderet coronam justus iudex, si non donasset gratiam misericors pater?* S. Aug. de Grat. et Arbitr.

*Nolentem prevenit ut velit,*

Si podemos poseer la gracia de Dios, no habrá quien prevalezca contra nosotros, ántes bien seremos más poderosos que todos los demás.

La gracia de ser el hombre llamado hijo por el mismo Dios, y de poder llamarle su padre, es superior á todas las gracias.

¿Cómo habria podido (Dios) darle la corona (á Pablo) como juez justísimo, si ántes no le hubiera dispensado la gracia como Padre misericordioso?

(La gracia) previene al que no

*volentem subsequitur ut frustra non velit.* Idem, in Enchir. cap. 52.

*Quid potest esse meritum hominis ante gratiam, cum omne bonum meritum, bonum nostrum non in nobis faciat, nisi gratia?* Idem, Epis. 17.

*Vita hominis probi non est opus hominis, sed Dei; imo Dei et hominis, Dei propter operantem gratiam, hominis propter cooperantem obedientiam.* Id., Sermon. 15 de Verb. Apost.

*Gratia Dei donum Dei est, donum autem maximum Spiritus Sanctus est, et ideo gratia Dei dicitur.* Idem, Sermon. 61 de Verb. Dom.

*Quotidiana prestat Deus praesidia, quibus, nisi freti confisique nitamur, nequicquam humanos vincere poterimus errores.* P. III. Epist. ad Conc.

*Necesse est ut, quo adjuvante vincimus, eo iterum non adjuvante vincamur.* S. Coelest. P. Epist. 1, cap. 6.

*Magnam gratiam homines apud Deum haberent, si medietatem eorum, que pro gratia mundi expendunt, pro gratia Dei expendere.* S. Thom. Opusc. 38.

la quiere para que la quiera, y cuando quiere, la gracia le inspira una voluntad eficaz.

¿Qué mérito puede tener el hombre ántes de poseer la gracia, si solo la gracia es el origen de todo mérito y la que en nosotros obra todo lo bueno?

La vida de un hombre justo no es obra suya, sino de Dios; mejor diremos, de Dios y del hombre; obra de Dios por la gracia con que le auxilia, obra del hombre por su sumision y correspondencia.

Es la gracia un don de Dios, este don sobre todo don es el Espíritu Santo; por esto la gracia se llama *de Dios ó divina*.

Dios nos dispensa todos los días sus gracias, con las cuales, á no ser que en ellas confiemos y nos apoyemos, ni aún podríamos librarnos de todos los errores de los hombres.

Si cuando Dios nos asiste vencemos al enemigo, cuando él no nos asiste irremisiblemente, somos vencidos.

Los hombres tendrían mucha privanza con Dios, si para poseer su gracia hicieran solo la mitad de los sacrificios que hacen para captarse la amistad del mundo.

GRACIA; véase: ESTADO EN GRACIA Y EN CULPA, DISCULPAS Y SAMARITANA.

GRACIAS (ABUSO DE LAS); véase: INSPIRACIONES.

GRANDEZA DE DIOS; véase: DIOS.

GRANDEZA DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

## GRANDEZA.

(LA VERDADERA)

*Domine... qui timent te, magni erunt apud te per omnia.*

Señor... aquellos que te temen, serán grandes delante de ti en todas las cosas.

(JUDITH. XVI, 46 et 49.)

El hombre está soñando siempre en su propio engrandecimiento. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso, y al decirles el enemigo tentador, que, infringiendo el precepto que el Señor les había impuesto, serían como dioses, desobedecieron á su Criador, y se vieron arrastrados á una comun ruina. A esta desgracia lamentable subsiguieron males sin cuento; pero el hombre, en el desorden de su apetito, no ha dejado por eso de aspirar á la grandeza, por los mismos caminos extraviados que arrastraron á sus padres al precipicio. Después de heredar el pecado, tenemos siempre abiertos los oídos para escuchar y seguir al que nos diga: *sereis como dioses*. Este es el pecado original; este es el hombre, tal como le ha dejado la culpa.

Nada puede, por lo tanto, sernos más provechoso, que conocer los caminos por donde podemos llegar á la verdadera grandeza. Ya que nos mueven siempre los deseos de engrandecimiento, procuremos conocer la senda que nos conduzca á realizar nuestro destino, y á ver cumplidas nuestras esperanzas. Pero, encuétranse aquí en oposicion el mundo y la fé, como casi siempre sucede. El mundo, dice á los suyos: buscad la grandeza: imitad á esos hombres, que, en cien combates, dejaron atónito al mundo al contemplar sus rápidas conquistas: imitad á esos genios sublimes, cuyas elocuentes producciones les valieron las ovaciones más brillantes: de este modo sereis verdaderamente grandes, y seré el primero en prestaros homenajes casi divinos, en erigiros estátuas, y grabar vuestros nombres en suntuosos obeliscos. La fé, al contrario, nos dice: buscad la grandeza; pero la grandeza sólida y verdadera. No os dejéis deslumbrar por un brillo fascinador. Fijad la vista en los sitios que sirvieron de teatro á los ruidosos hechos de los que el mundo llama grandes; y solo encontra-